

## LA ESPADA LEAL

En el interior de una jaula de hierro situada en un cruce de caminos, dos cadáveres se pudrían al sol del verano.

Egg se detuvo debajo para echarles un vistazo.

—¿Quiénes pensáis que eran, ser? —Su mula Maestra, agradecida por el respiro, comenzó a masticar la hierba rastrera de las orillas del camino, ajena a las dos enormes cubas de vino de su lomo.

—Ladrones —dijo Dunk. Montado sobre Trueno, estaba mucho más cerca de los muertos—. Violadores. Asesinos. —Bajo ambos brazos, su vieja túnica verde presentaba manchas oscuras en forma de círculo. El cielo era azul y el sol resplandeciente y cálido, y había sudado litros desde que levantaran el campamento por la mañana.

Egg se quitó el flexible sombrero ancho de paja. Debajo, su cabeza era calva y reluciente. Usó el sombrero para espantar a las moscas. Había cientos sobre los cadáveres, y más aún revoloteando perezosamente por el aire caliente e inmóvil.

—Deben de haber hecho algo malo, para que los dejaran morir dentro de una jaula.

En ocasiones, Egg podía ser tan sabio como cualquier maestre, pero otras veces seguía siendo un niño de diez años.

—Hay señores y señores —dijo Dunk—. Algunos no necesitan muchos motivos para dejar que un hombre muera.

La caja de hierro apenas tenía el tamaño suficiente para contener un hombre, pero dos habían sido forzados a entrar. Estaban cara a cara, con los brazos y las piernas enredados y las espaldas contra el caliente hierro negro de los barrotes. Uno había intentado comerse al otro, por los mordiscos en su cuello y hombros. Los cuervos sí que lo habían hecho, a los dos. Cuando Dunk y Egg habían rodeado la colina, los pájaros ha-

bían levantado el vuelo como una nube oscura, tan espesa que Maestra se había asustado.

—Quienesquiera que fuesen, parecen haber muerto de hambre —dijo Dunk. *Esqueletos dentro de la piel, y la piel es verde y se está pudriendo*—. Quizá robaron algo de pan, o cazaron un venado en el bosque de algún noble. —Con la sequía entrando en su segundo año, la mayoría de los señores se había vuelto menos tolerante con la caza furtiva, y, para empezar, ninguno lo había sido demasiado.

—Podiera ser que formaran parte de alguna banda de forajidos. —En Dosk, habían oído a un arpista cantar *El día en que ahorcaron a Robin el Negro*. Desde entonces, Egg veía gallardos forajidos detrás de cada arbusto.

Dunk se había encontrado con algún salteador mientras servía como escudero para el anciano. No tenía prisa por encontrarse con ninguno más. Ninguno de los que había conocido fue especialmente gallardo. Recordó a un bandido que ser Arlan había ayudado a colgar, por robo de anillos. Cortaba los dedos de los hombres para conseguirlos, pero con las mujeres prefería morder. Que Dunk supiera, no había canciones en su honor. *Bandidos o cazadores furtivos, no hay diferencia. Los muertos son una compañía muy pobre*. Hizo caminar a Trueno alrededor de la jaula. Los ojos vacíos parecían seguirlo. Uno de los cadáveres tenía la cabeza gacha y la boca abierta. *No tenía lengua*, observó Dunk. Supuso que los cuervos se la habrían comido. Los cuervos siempre picoteaban primero los ojos del cadáver, según había oído, pero quizá la lengua iba en segundo lugar. *O puede que un señor se la haya cortado por algo que dijo*.

Dunk se pasó los dedos por su pelo con mechas rubias, recogido en una coleta. Los muertos estaban más allá de su ayuda, y tenían unas cubas de vino que llevar a Tiesa.

—¿Por dónde hemos venido? —preguntó, pasando la mirada de un camino a otro—. Me he despistado.

—Tiesa está por ahí, ser —señaló Egg.

—Por ahí nos vamos, pues. Podríamos estar de regreso para el ocaso, pero no si nos sentamos aquí todo el día a contar las moscas. —Tocó a Trueno con los talones y condujo al gran corcel hacia el ramal de la izquierda. Egg volvió a ponerse el sombrero y tiró con fuerza de las bridas

de Maestra. La mula dejó de mordisquear la hierba y, por una vez, siguió adelante sin discutir. *También tiene calor, pensó Dunk, y esas barricas de vino deben de ser pesadas.*

El sol veraniego había vuelto el camino tan duro como el ladrillo. Los surcos eran lo bastante profundos para romper la pata de un caballo, así que Dunk puso cuidado en llevar a Trueno por el terreno más elevado entre ellos. Se había torcido su propio tobillo el día que dejaron Dosk, caminando en la noche cerrada cuando más frío hacía. Un caballero tenía que aprender a vivir con achaques y dolores, solía decir el anciano. *Sí, muchacho, y con huesos rotos y cicatrices. Son tan parte de la caballería como tus espadas y escudos.* Sin embargo, si Trueno se rompiera una pata... bueno, un caballero sin caballo ya no era un caballero.

Egg lo seguía a unos cinco metros, con Maestra y los toneles de vino. El chico caminaba con un pie desnudo dentro de un surco y el otro fuera, por lo que subía y bajaba a cada paso. Su daga descansaba en su cadera, sus botas colgaban por encima de su bolsa y su raída túnica marrón estaba enrollada y atada a su cintura. Bajo el ancho sombrero de paja, tenía el rostro manchado y sucio, y los ojos grandes y oscuros. Tenía diez años, y apenas pasaba del metro y medio de altura. Últimamente había crecido con rapidez, aunque le quedaba mucho que estirar para alcanzar a Dunk. Se parecía exactamente al mozo de cuadra que no era, y en absoluto a quien era en realidad.

Los dos hombres muertos pronto quedaron atrás, pero Dunk siguió pensando en ellos todo el rato. En aquellos tiempos, el reino estaba lleno de malhechores. La sequía no tenía aspecto de finalizar, y el pueblo llano se había echado a los caminos a miles, en busca de algún lugar donde aún cayera la lluvia. Lord Cuervo de Sangre les había ordenado que regresaran a sus propias tierras y señores, pero pocos obedecieron. Muchos culpaban a Cuervo de Sangre y al rey Aerys de la sequía. Castigo de los dioses, afirmaban, el regicida está maldito. No obstante, si eran listos, no lo proclamaban en voz alta. ¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?, decía el acertijo que había oído en Antigua. Un millar, y uno.

Hacía seis años, en Desembarco del Rey, Dunk lo había visto con sus propios ojos, montado en un caballo blanco, por la calle del Acero con cincuenta Picos de Cuervo detrás. Eso fue antes de que el rey Aerys hubiera ascendido al Trono de Hierro y la mano fuese suya, pero aun

así tenía una silueta impresionante, ataviado de gris y escarlata y con Hermana Oscura a un costado. Su pálida piel y sus cabellos blancos como el hueso le hacían parecer un cadáver viviente. A lo largo de su mejilla y mentón se extendía una marca de nacimiento que se supone recordaba a un cuervo rojo, aunque Dunk solo vio una mancha de piel descolorida con forma rara. Lo miró tanto que Cuervo de Sangre lo notó. El hechicero del rey ya se había dado la vuelta para estudiarlo cuando él se marchó. Tenía solo un ojo, y era rojo. El otro era una cuenca vacía, el regalo que Bittersteel le había hecho en Campo de Hierbarroja. No obstante, a Dunk le había parecido que ambos ojos le habían atravesado la piel y escudriñado su misma alma.

A pesar del calor, el recuerdo hizo que se estremeciese.

—¿Ser? —lo llamó Egg—. ¿Os encontráis indispuerto?

—No —dijo Dunk—. Tengo tanto calor y sed como ellos. —Apuntó a los campos que había más allá del camino, donde las filas de melones se marchitaban en sus tallos. A lo largo de las orillas, había matojos de hierba que seguían aferrándose a la vida, pero los cultivos no llegaban a tanto. Dunk sabía cómo se sentían los melones. Ser Arlan solía decir que ningún caballero errante pasaba sed. «No mientras tenga un yelmo para atrapar la lluvia. El agua de lluvia es la mejor bebida que hay, muchacho.» El viejo nunca vio un verano como este, empero. Dunk había dejado su yelmo en Tiesa. Hacía demasiado calor y pesaba, y había poca lluvia que meter en él. *¿Qué es lo que hace un caballero errante cuando los arbustos están marrones, resecos y muertos?*

Quizá cuando llegaran al arroyo echarían un trago. Sonrió al pensar en lo bien que le sentaría saltar directamente en él y resurgir empapado hasta los huesos y sonriendo, con el agua bajándole por las mejillas, por el pelo enmarañado, por la túnica pegada a la piel. Egg también querría echar un trago, aunque el chico parecía fresco y seco, más polvoriento que sudoroso. Nunca sudaba mucho. Le gustaba el calor. En Dorne iba con el pecho casi descubierto, y se bronceó como un dorniense. *Es su sangre dragón*, se dijo Dunk. *¿Quién ha oído hablar alguna vez de un dragón sudoroso?* Con gusto se hubiera quitado su propia túnica, pero no sería apropiado. Un caballero errante podía cabalgar desnudo si se le antojaba; no tenía a nadie a quien avergonzar más que a sí mismo. Era distinto cuando habías jurado tu espada. «Cuando aceptas la carne y el

aguamiel de un señor, todo lo que haces se refleja en él», solía decir ser Arlan. «Haz siempre más de lo que espera de ti, nunca menos. Nunca te inmites ante cualquier tarea o dificultad. Y por encima de todo, nunca avergüences al señor al que sirves.» En Tiesa, «carne y aguamiel» significaba pollo y cerveza, pero el propio ser Eustace comía lo mismo.

Dunk se dejó puesta la túnica, y siguió tostándose.

Ser Bennis del Escudo Pardo estaba esperando en el viejo puente de madera.

—Por fin volvéis —vociferó—. Tardasteis tanto que pensé que habíais huido con la plata del viejo. —Bennis estaba sentado sobre su peluda montura mascando hojamarga, lo que le hacía parecer como si tuviera la boca llena de sangre.

—Tuvimos que hacer todo el camino hasta Dosk para encontrar vino —le dijo Dunk—. Los krakens arrasaron Pequeña Dosk. Se llevaron las riquezas y las mujeres y quemaron la mitad de lo que dejaron.

—Ese Dagon Greyjoy está buscando que lo cuelguen —comentó Bennis—. Sí, ¿pero quién va a hacerlo? ¿Visteis al viejo Pellizco Pate?

—Nos dijeron que estaba muerto. Los Hombres del Hierro lo mataron cuando trató de evitar que se llevaran a su hija.

—Malditos sean siete veces. —Bennis giró la cabeza y escupió—. Una vez vi a su hija. No merecía la pena morir por ella, si me lo preguntas. Ese tonto de Pate me debía media moneda de plata. —El caballero pardo estaba igual que cuando lo dejaron; aún peor, seguía oliendo igual. Todos los días se ponía el mismo atuendo: calzones marrones, una túnica basta sin forma, botas de piel de caballo. Cuando se armaba se ataviaba con un peto marrón holgado sobre una cota de malla roñosa. El cinturón de su espada era un cordón de cuero endurecido, y su rostro lleno de cicatrices podría muy bien estar hecho del mismo material. *Su cabeza parece uno de aquellos melones arrugados que pasamos.* Incluso sus dientes eran marrones, bajo las manchas rojizas de la hojamarga que tanto le gustaba masticar. Sus ojos destacaban en medio de todo aquel tono pardo: eran verde claro, pequeños y bizcos, muy juntos, y brillaban con malicia—. Solo dos barricas —observó—. Ser Inútil quería cuatro.

—Ya tuvimos suerte con encontrar dos —replicó Dunk—. La sequía ha alcanzado también al Rejo. Oímos que las uvas se vuelven pasas en las parras, y que los Hombres de Hierro han estado saqueando...

—¿Ser? —lo interrumpió Egg—. No hay agua.

Dunk había estado tan concentrado en Bennis que no se había dado cuenta. Bajo las combadas planchas de madera del puente solo quedaban piedras y arena.

*Qué extraño. El riachuelo estaba bajo cuando nos marchamos, pero corría.*

Bennis se rió. Tenía dos tipos de risa. En ocasiones cloqueaba como un pollo, y otras veces bramaba más alto que la mula de Egg. Esta era su risa de pollo.

—Se secó mientras estabais ausentes, supongo. Es lo que tiene una sequía.

Dunk estaba decepcionado. *En fin, ahora no podré remojarme.* Saltó hasta el suelo. *¿Qué va a ocurrir con los cultivos?* La mitad de los pozos del Dominio se habían secado, y todos los ríos tenían poco caudal, incluso el Aguasnegras y el Mander.

—Un asunto desagradable, lo del agua —dijo Bennis—. Una vez bebí un poco, eché hasta la primera papilla. El vino es mejor.

—No para la avena. Ni para la cebada. Ni para las zanahorias, las cebollas, las coles... Hasta las uvas necesitan agua. —Dunk sacudió la cabeza—. ¿Cómo se ha secado tan rápido? Solo hemos estado fuera seis días.

—Para empezar, no había mucha agua ya, Dunk. Hace un momento, he meado un arroyo más caudaloso que este.

—Dunk no —dijo Dunk—. Ya te lo he dicho antes. —Se preguntó por qué se molestaba. Bennis era un hombre malhablado, y le encantaba la burla—. Me llaman ser Duncan el Alto.

—¿Quién? ¿Tu cachorro calvo? —Miró a Egg y se rió con su carcajada de pollo—. Eres más alto que cuando estabas en Pennytree, pero para mí sigues siendo Dunk.

Este se frotó la nuca y miró las rocas de debajo.

—¿Qué podemos hacer?

—Lleva a casa el vino, y dile a ser Inútil que su arroyo se ha secado. El pozo de Tiesa aún aguanta; no se morirá de sed.

—No lo llares Inútil. —Dunk le tenía aprecio al viejo caballero—. Duermes bajo su techo, muéstrale algo de respeto.

—Tú lo respetas por nosotros dos, Dunk —le espetó Bennis—. Lo llamaré como quiera.

Los tablones de color gris plata crujieron pesadamente cuando el caballero salió del puente, mirando con el ceño fruncido las piedras y la arena de debajo. Entre las rocas brillaban algunos charcos marrones, pero ninguno más grande que su mano, según advirtió.

—Peces muertos, allí y allí, ¿los ves? —Su olor le recordó los cadáveres del cruce de caminos.

—Los veo, ser —dijo Egg.

Dunk saltó al cauce, se acuclilló y le dio la vuelta a una piedra. Seca y caliente por arriba, húmeda y barrosa por abajo.

—El agua no puede haberse ido hace mucho. —Se puso en pie y arrojó la piedra a la orilla, donde golpeó en un saliente y se desmenuzó en una nube de polvo seco parduzco—. El terreno está resquebrajado en las orillas, pero blando y húmedo en el centro. Esos peces estaban vivos ayer.

—Dunk el Tocho, recuerdo que solía llamarte Pennytree. —Ser Bennis escupió una hoja de hojamarga sobre las piedras. A la luz del sol, su brillo resultaba rojo y viscoso—. Los tochos no deberían pensar, sus cabezas son demasiado gordas para eso.

«Dunk el Tocho, la mollera tan dura como la muralla de un castillo.» Mas las palabras de ser Arlan eran afectuosas. Había sido un hombre amable, incluso en las reprimendas. En boca de ser Bennis del Escudo Pardo sonaban diferentes.

—Ser Arlan lleva muerto dos años —dijo Dunk— y yo soy ser Duncan el Alto.

Estuvo casi tentado de cruzar la cara marrón del caballero de un puñetazo y reducir a astillas aquellos rojizos dientes podridos. Bennis del Escudo Pardo podría ser una pieza de cuidado, pero Dunk le sacaba casi medio metro y veinticinco kilos. Quizá fuese un tocho, pero era fuerte. A veces parecía como si hubiera aporreado con la cabeza la mitad de las puertas de Poniente, por no mencionar las vigas de todas las tabernas desde Dorne hasta El Cuello. Aemon, el hermano de Egg, le había medido en Antigua, y pasaba varios centímetros de los dos metros, pero eso fue hace dos años. Habría crecido desde entonces. Crecer era la única cosa que Dunk hacía realmente bien, como solía decir el anciano.

Volvió donde estaba Trueno y se montó de nuevo.

—Egg, regresa a Tiesa con el vino. Voy a ver qué ha pasado con el agua.

—Los arroyos se secan de cuando en cuando —insistió Bennis.

—Solo quiero echar un vistazo...

—¿Como cuando has mirado debajo de esa piedra? No deberías ir dando vuelta a las rocas, Tocho. Nunca se sabe lo que puede reptar debajo. Tenemos unos preciosos jergones de paja en Tiesa. Hay huevos la mayoría de los días, y poco más que hacer que escuchar a ser Inútil divagar acerca de lo fabuloso que solía ser. Déjalo estar, te digo. El arroyo se secó, eso es todo.

Si había algo que fuese Dunk, era testarudo.

—Ser Eustace está esperando ese vino —le dijo a Egg—. Dile adónde he ido.

—Así lo haré, ser. —Egg le dio un tirón a la brida de Maestra. La mula alzó las orejas, pero se puso otra vez en camino a la primera. *Quiere librarse de los toneles de vino de su lomo.* Dunk no podía culparla.

El arroyo fluía hacia el norte y el este cuando no estaba seco, así que guió a Trueno hacia el sur y el oeste. No había avanzado doce metros cuando Bennis lo alcanzó.

—Será mejor que vaya para cuidar de que no te quedes tirado. —Se metió una hoja fresca de hojamarga en la boca—. Pasado ese grupo de sauces, la orilla derecha es terreno de arañas.

—Me quedaré en nuestro lado. —Dunk no quería problemas con la Señora de Fosafría. En Tiesa se oían cosas terribles sobre ella. La Viuda Escarlata, la llamaban, debido a la cantidad de esposos que había enterrado. El viejo Sam Encorvado decía que era una bruja, una envenenadora, y cosas peores. Dos años antes había ordenado a sus caballeros que cruzaran el arroyo para ajusticiar a un campesino de Osgrey por robar ovejas.

—Cuando mi señor fue hasta Fosafría para pedir su liberación, le dijeron que lo buscara en el fondo del foso —explicó Sam—. Habían metido al pobre Dake dentro de un saco de piedras y lo habían hundido. Por eso después ser Eustace tomó a su servicio a ser Bennis, para conservar a las arañas fuera de sus tierras.

Trueno mantenía un lento trotecillo rítmico bajo el sol abrasador. El cielo era azul y estaba despejado, ni una señal de nubes se mirase donde se mirase. El curso del arroyo dibujaba meandros alrededor de rocosos oteros y sauces melancólicos, a través de desnudas colinas ocreas y campos de grano seco, o en proceso. Una hora río arriba desde el puente, se encontraron cabalgando en el lindero del pequeño bosque de Osgrey



llamado Bosque Cerradón. La fronda parecía invitarles desde lejos, y llenó la cabeza de Dunk con pensamientos de cañadas sombrías y arroyos cantarines, pero cuando alcanzaron los árboles vieron que estaban resecos y débiles, con las ramas caídas. Algunos de los grandes robles perdían hojas, y la mitad de los pinos se habían vuelto tan pardos como ser Bennis, con círculos de agujas muertas alrededor de sus troncos. *Cada vez peor*, pensó Dunk. *Una chispa, y todo eso arderá como la yesca.*

Por el momento, no obstante, el enmarañado follaje que jalonaba el río Jaquel seguía espeso y lleno de zarzas, ortigas y tallos de espino blanco y sauces jóvenes. En lugar de atravesarlo, cruzaron el cauce seco hasta la orilla de Fosafría, donde habían talado los árboles para convertirla en pastizales. Entre los parches marrones de hierba y la moribunda maleza, pastaban unas cuantas ovejas de morro negro.

—Nunca he conocido un animal más estúpido que la oveja —comentó ser Bennis—. Seguro que son parientes tuyas, ¿eh, Tocho? —Como Dunk no replicó, se rió de nuevo con la risa de pollo.

Dos kilómetros al sur después, llegaron a la presa.

No era tan grande como suelen ser tales ingenios, pero parecía sólido. Habían construido a través del río dos robustas barricadas de madera de orilla a orilla, fabricadas a partir de troncos de los árboles con la corteza sin pulir. El espacio entre ellos estaba lleno de rocas y tierra apisonada. Detrás del dique, la corriente rebosaba las orillas y se derramaba en una acequia que transcurría por los campos de lady Webber. Dunk se elevó sobre sus estribos para mirar mejor. El reflejo del sol en el agua traicionó una serie de canales menores que corrían en todas direcciones como una telaraña. *Están robando nuestro arroyo.* Aquel descubrimiento lo llenó de indignación, en especial cuando entendió que los árboles habían sido talados con seguridad en el Cerradón.

—Mira la que has armado, Tocho —dijo Bennis—. No podías dejar que el arroyo se secara, no. Todo esto empieza con agua, pero acabará con sangre. La tuya y la mía, probablemente. —El caballero pardo sacó su espada—. Bueno, ahora no hay forma de evitarlo. Allí están tus tres veces malditos excavadores. Será mejor que les metamos un poco de miedo. —Azuzó su montura con las espuelas y galopó por el campo.

Dunk no tuvo más opción que seguirlo. La espada larga de ser Arlan colgaba de su cadera, un buen pedazo recto de acero. *Si esos excavadores*

*de canales tienen un mínimo de sentido común, echarán a correr.* Las pezuñas de Trueno levantaban terrones del suelo.

Un hombre dejó caer la pala al ver a los caballeros recién llegados, pero eso fue todo. Eran una veintena de obreros, bajos y altos, viejos y jóvenes, todos ellos tiznados por el sol. Formaron una fila irregular mientras Bennis aflojaba la marcha, y sostenían sus picos y palas.

—Estas son tierras de Fosafría —gritó uno.

—Y este es el arroyo de Osgrey. —Bennis apuntó con su espada larga—. ¿Quién ha levantado ese maldito dique?

—El maestre Cerrick —dijo uno de los jóvenes excavadores.

—No —le rebatió un hombre más viejo—. Ese cachorro cano apuntó aquí y dijo «Haced tal y cual», pero fuimos nosotros quienes lo hicimos.

—Entonces ya estáis deshaciéndolo de una condenada vez.

Los ojos de los excavadores eran hoscos y desafiantes. Uno se enjugó el sudor de la frente con el reverso de la mano. Nadie habló.

—Vosotros, grupo, no oís muy bien —dijo Bennis—. ¿Queréis que rebane una o dos orejas? ¿Quién va primero?

—Esto es territorio Webber. —El viejo excavador era un tipo escuálido, encorvado y terco—. No tenéis derecho a estar aquí. Rebana una sola oreja y mi señora te meterá en un saco.

Bennis se aproximó.

—No veo ninguna señora por aquí, solo un campesino lenguaraz. —Apoyó la punta de su espada sobre el moreno pecho desnudo del trabajador, lo suficiente para extraer una gota de sangre.

*Está yendo demasiado lejos.*

—Levanta la espada —le avisó Dunk—. Esto no es cosa de ellos. Ese maestre les asignó la tarea.

—Es para los cultivos, ser —dijo un excavador con orejas de soplillo—. El trigo se muere, nos dijo el maestre. También los perales.

—Bueno, puede que mueran los perales, o puede que vosotros.

—Tu charla no nos asusta —dijo el anciano.

—¿No? —Bennis hizo volar su espada, abriendo la mejilla del viejo desde la oreja hasta la mandíbula—. He dicho que o los perales o vosotros. —La sangre del campesino corría escarlata por un lado de su rostro.

No debería haber hecho eso. Dunk tuvo que tragarse su rabia. Bennis estaba de su parte en aquello.

—Marchaos de aquí —gritó a los excavadores—. Volved al castillo de vuestra señora.

—Corred —los urgió ser Bennis.

Tres de ellos dejaron caer sus aperos e hicieron justamente eso, correr por los campos. Pero otro hombre, fornido y quemado por el sol, levantó un pico y dijo:

—Solo son dos.

—Palas contra espadas es una lucha de tontos, Jorgen —dijo el anciano sujetándose la cara. La sangre rezumaba entre sus dedos—. Esto no va a quedar así. No creáis lo contrario.

—Una palabra más, y yo seré tu fin.

—No queríamos hacer daño a nadie —dijo Dunk, ante el rostro ensangrentado del viejo—. Todo lo que queremos es nuestra agua. Decidle eso a vuestra señora.

—Oh, se lo diremos, ser —prometió el hombre musculoso, aún afe-rado al pico—. Eso haremos.

En el camino hacia casa atajaron a través del corazón del Bosque Cerradón, agradecidos por la escasa sombra que les proporcionaban los árboles. A pesar de todo, se estaban asando. Se suponía que había ciervos en el bosque, pero los únicos seres vivientes que se encontraron fueron las moscas. Zumbaban sobre la cara de Dunk mientras cabalgaban, y andaban alrededor de los ojos de Trueno, irritando hasta su límite al gran caballo de guerra. El aire estancado resultaba sofocante. *Al menos en Dorne los días eran secos, y por la noche hacía tanto frío que temblaba dentro de mi capa.* En el Dominio las noches apenas eran más frías que los días, incluso tan al norte.

Al agacharse bajo una rama, Dunk arrancó una hoja y la arrugó entre los dedos. Se deshizo en su mano como un pergamino de mil años.

—No había necesidad de herir a aquel hombre —le dijo a Bennis.

—No fue más que una caricia en la mejilla, para enseñarle a dominar su lengua. Debería haberle rebanado el maldito pescuezo, solo así el resto hubiera corrido como conejos, y hubiéramos tenido que cazarlos.

—¿Matarías a veinte hombres? —dijo Dunk, incrédulo.

—A veintidós. Dos más que todos los dedos de tus pies y manos, Tocho. Tienes que matarlos a todos, o irán contando historias. —Rodearon un risco—. Le hubiéramos dicho a ser Inútil que la sequía evaporó su arroyo de orina.

—Ser Eustace. Le hubieras mentido.

—Sí, ¿y por qué no? ¿Quién va a contarle una historia diferente? ¿Las moscas? —Bennis sonrió con una mueca roja y húmeda—. Ser Inútil nunca deja la torre, excepto para ver a los muchachos abajo en las moreras.

—Una espada leal le debe a su señor la verdad.

—Hay verdades y verdades, Tocho. Algunas no sirven. —Escupió—. Los dioses crean las sequías. Un hombre no puede hacer ni una maldita cosa contra los dioses. La Viuda Escarlata, en cambio... Si le decimos a Inútil que esa perra se llevó su agua, se sentirá obligado por honor a recuperarla. Espera y verás. Pensará que tiene que hacer algo.

—Debería. Nuestro pueblo necesita el agua para sus cultivos.

—¿Nuestro pueblo? —Ser Bennis soltó su risa rebuzno—. ¿Estaba yo echando una cagada cuando ser Inútil te nombró su heredero? ¿Cuántos campesinos crees que posees? ¿Diez? Eso contando al imbécil del hijo de Bizco Jeyne, que no sabe qué extremo del hacha coger. Ve y nómbralos caballeros a todos, y tendremos la mitad de los que tiene la Viuda, sin contar sus escuderos, sus arqueros y el resto. Necesitarías ambas manos y ambos pies para contarlos a todos, y también los de tu chico calvo.

—No necesito los dedos de los pies para contar. —Duck se sentía mareado por el calor, las moscas y la compañía del caballero pardo. *Puede que él haya cabalgado con ser Arlan una vez, pero eso fue hace años. El tipo se ha vuelto malhablado, falso y cobarde.* Clavó los talones en su caballo y trotó en cabeza, para dejar el olor atrás.

Tiesa era un castillo solo por cortesía. Aunque se alzaba con valentía sobre una colina rocosa y podía ser visto desde varios kilómetros a la redonda, no era más que una torre. Un derrumbamiento parcial hace unos siglos requirió de algo de reparación, por lo cual las caras norte y oeste eran de piedra gris claro por encima de las ventanas, y de vieja

piedra negra por debajo. Durante las obras, habían añadido torreones al tejado, pero solo en las partes nuevas; en las otras dos esquinas se agazapaban unas antiguas gárgolas de piedra, tan erosionadas por el viento y las inclemencias que era difícil decir lo que representaban. El tejado de madera de pino era plano pero mal urdido, por lo que las goteras eran frecuentes.

Una senda retorcida llevaba desde el pie de la colina hasta la torre, tan estrecha que solo podía recorrerse en fila india. Dunk abrió la marcha durante el ascenso, con Bennis justo detrás. Podía ver a Egg sobre ellos, de pie sobre un saliente de roca con su sombrero de paja.

Tiraron de sus riendas enfrente del pequeño establo lleno de zarzas y barro que se hallaba al pie de la torre, medio oculto bajo una informe masa de musgo púrpura. El grisáceo caballo castrado del anciano estaba en uno de los pesebres, al lado de Maestra. Egg y Sam Encorvado habían metido ya el vino, al parecer. Las gallinas vagaban por el corral. El muchacho se acercó correteando.

—¿Averiguasteis lo que le ocurría al arroyo?

—La Viuda Escarlata se lo había cargado. —Dunk desmontó, y le dio las riendas de Trueno a Egg—. No dejes que beba demasiado de una vez.

—No, ser, no lo haré.

—Chico —lo llamó ser Bennis—. También puedes coger mi caballo. Egg le lanzó una mirada insolente.

—No soy vuestro escudero.

*Esa lengua suya le hará daño algún día*, pensó Dunk.

—Te ocuparás de su caballo o te llevarás un tortazo en la oreja.

Egg puso gesto huraño, pero hizo lo que le ordenaban. Sin embargo, mientras se estiraba para coger la brida, ser Bennis carraspeó y escupió. Un pegote de brillantes flemas rojas alcanzó al muchacho entre dos dedos de los pies. Este le dedicó al caballero pardo una mirada gélida.

—Habéis escupido en mi pie, ser.

Bennis saltó al suelo.

—Sí. La próxima vez te escupiré en la cara. Así no oiré nada de tu maldita lengua.

Dunk podía ver la ira en los ojos del chico.

—Atiende a los caballos, Egg —le dijo, antes de que las cosas se pusieran peor—. Tenemos que hablar con ser Eustace.

La única entrada a Tiesa era a través de una puerta de roble y hierro seis metros por encima de donde estaban. Los escalones que llevaban a ella eran bloques de piedra negra pulida, tan usados que estaban comidos por el medio. Más arriba, daban paso a un tramo de escalones de madera que podían abatirse como un puente colgante si había problemas. Dunk apartó las gallinas a un lado con su bota y ascendió de dos en dos los escalones.

Tiesa era más grande de lo que parecía. Sus profundas criptas y celdas ocupaban buena parte de la colina en la que se asentaba. Sobre el suelo, la torre se elevaba cuatro plantas. Las dos superiores tenían ventanas y balcones, y las dos inferiores solo aspilleras. Hacía fresco en el interior, y la penumbra era tan tupida que Dunk tuvo que dejar que sus ojos se acostumbraran. La esposa de Sam Encorvado estaba de rodillas junto a la chimenea, recogiendo las cenizas.

—¿Ser Eustace está arriba o abajo? —le preguntó Dunk.

—Arriba, ser. —La vieja mujer estaba tan jorobada que tenía la cabeza más abajo que los hombros—. Acaba de llegar de visitar a los muchachos, abajo en las moreras.

Los muchachos eran los hijos de Eustace Osgrey: Edwyn, Harrold y Addam. Edwyn y Harrold habían sido caballeros, y Addam un joven escudero. Habían muerto en Campo de Hierbarroja hacía quince años, al final de la Rebelión de Fuegoscurio.

—Tuvieron buenas muertes, luchando con valentía por el rey —le había dicho ser Eustace a Dunk—, y los traje a casa para enterrarlos entre las moreras. —Su esposa también estaba allí enterrada. Cada vez que el anciano abría una nueva barrica de vino, bajaba la colina para ofrecer a cada uno de ellos una libación—. ¡Por el rey! —solía gritar, justo antes de beber.

El dormitorio de ser Eustace ocupaba la cuarta planta de la torre, justo sobre su sala de estar. Dunk sabía que ahí sería donde lo encontrarían, paseándose entre los cofres y los toneles. Las gruesas paredes cenicientas de la sala de estar se hallaban repletas de armas oxidadas y estandartes capturados, premios de batallas luchadas hace siglos, y recordadas ahora por nadie excepto el anciano. La mitad de los estandartes estaban mohosos, y todos descoloridos y cubiertos de polvo, convertidos los brillantes colores de antaño en verde y gris.

Ser Eustace le estaba quitando el polvo con un trapo a un escudo roto cuando Dunk subió las escaleras. Bennis lo seguía pisándole los talones. Los ojos del viejo caballero parecieron iluminarse un poco a la vista de Dunk.

—Mi buen gigante —declaró— y el valiente ser Bennis. Venid y echadle un vistazo a esto. Lo encontré en el fondo de ese baúl. Un tesoro, aunque me temo que estropeado.

Era un escudo, o lo que quedaba de él. Poca cosa. Casi la mitad había sido cortada, y el resto se encontraba astillado y de color plomizo. Los bordes de hierro eran puro óxido, y la madera estaba llena de agujeros de polilla. Unas pocas escamas de pintura seguían allí, pero demasiado escasas para sugerir un blasón.

—Mi señor —dijo Dunk. Los Osgrey no eran señores desde hace siglos, aunque a ser Eustace le placía hacerse llamar así, rememorando las pasadas glorias de su Casa—. ¿Qué es eso?

—El escudo del Pequeño León. —El anciano frotó el borde, y algunas escamas de óxido se desprendieron—. Ser Wilbert Osgrey llevaba esto en la batalla donde pereció. Seguro que conoces la historia.

—No, mi señor —dijo Bennis—. Resulta que no. ¿El Pequeño León, decís? ¿Es que era un enano o algo así?

—Por supuesto que no. —Los bigotes del viejo caballero temblaron—. Ser Wilbert era un hombre alto y poderoso, y un gran caballero. Le pusieron ese apodo en su infancia, por ser el menor de cinco hermanos. En su época, aún había siete reyes en los Siete Reinos, y Altojardín y la Roca solían estar en guerra. Los reyes verdes nos gobernaban entonces, los jardineses. Llevaban la sangre del viejo Garth Manoverde, y su estandarte real era una mano verde sobre un campo blanco. Gyles el Tercero llevó sus emblemas al este, para luchar contra el rey Tormenta, y los hermanos de Wilbert fueron con él, porque en aquellos días el león jaquelado ondeaba junto a la mano verde cuando el rey del Dominio iba a la batalla.

»Sin embargo, resulta que mientras el rey Gyles estaba fuera, el rey de la Roca vio su oportunidad de morder un bocado del Dominio, así que reunió una hueste de hombres y cayó sobre nosotros. Los Osgrey éramos los Alguaciles de la Frontera del Norte, por lo que el Pequeño León se enfrentó a ellos. Era el cuarto rey Lancel quien comandaba a

los Lannister, creo recordar, o quizá el quinto. Ser Wilbert bloqueó el paso del rey Lancel, y le dio el alto. «Ni un paso más», le dijo. «Aquí no eres bienvenido. Te prohíbo que pongas un pie en el Dominio.» Pero el Lannister ordenó a todos sus banderizos que avanzaran.

»Combatieron durante medio día, el león de oro y el jaquelado. El Lannister iba armado con una espada de acero valyrio que ninguna hoja común podía igualar, así que el Pequeño León estaba acorralado, con el escudo en las últimas. Al final, sangrante a causa de una docena de malas heridas y con su propia espada quebrada en la mano, se arrojó de cabeza contra su enemigo. El rey Lancel lo cortó casi por la mitad, dicen los bardos, pero mientras moría el Pequeño León encontró un hueco en la armadura del rey, debajo del brazo, y le clavó su daga. Cuando su rey murió, sus hombres dieron la vuelta, y el Dominio se salvó.

El anciano acariciaba el escudo roto con tanta ternura como si este fuera un niño.

—Sí, mi señor —carraspeó Bennis—, nos vendría muy bien un hombre como ese hoy en día. Dunk y yo le hemos echado un vistazo a vuestro arroyo, señor. Seco como un hueso, y no por culpa de la sequía.

El viejo puso el escudo a un lado.

—Contadme. —Tomó asiento, y les indicó que hicieran lo mismo. Mientras el caballero pardo se sumergía en la historia, él escuchaba con atención, con la barbilla alta y los hombros echados hacia atrás, tan tieso como una lanza.

En su juventud, ser Eustace Osgrey debía de haber sido la viva imagen de la caballería: alto, musculoso y apuesto. El tiempo y las penas lo habían transformado, pero seguía siendo un hombre enhiesto, de constitución fuerte, hombros anchos y pecho como un tonel, con los rasgos tan firmes y afilados como los de una vieja águila. Su pelo cortado casi al rape se había vuelto blanco como la leche, pero el espeso mostacho que ocultaba su boca permanecía de un color gris ceniza. Sus cejas eran de la misma tonalidad, y los ojos de un tono grisáceo más pálido, y estaban llenos de tristeza.

Parecieron ponerse aún más tristes cuando Bennis mencionó lo de la presa.

—Ese arroyo ha sido conocido como el Jaquel durante mil años o más —dijo el anciano caballero—. Pescaba peces allí cuando era un niño, y



todos mis hijos igual. A Alysanne le gustaba chapotear en los bajíos en los días calurosos de verano como este. —Alysanne había sido su hija, fallecida en primavera—. Fue a orillas del Jaquel donde besé a una chica por vez primera. Una prima mía, la hija menor de mi tío, de los Osgrey de Lago Frondoso. Todos han muerto ya, incluida ella. —Sus bigotes temblaron—. Esto es inadmisibile. Esa mujer no tendrá mi agua. No se llevará mi Jaquel.

—El dique es resistente, mi señor —advirtió ser Bennis—. Lo bastante fuerte como para que ser Dunk y yo tardemos una hora en echarlo abajo, incluso con la ayuda del chico calvo. Necesitaremos cuerdas, picos y hachas, y una docena de hombres. Y eso solo para el trabajo, sin contar la lucha.

Ser Eustace miraba el escudo del Pequeño León. Dunk se aclaró la garganta.

—Mi señor, al respecto de este tema, cuando llegamos hasta los excavadores, bueno...

—Dunk, no molestes a mi señor con pequeñeces —dijo Bennis—. Le di una lección a un idiota, eso es todo.

Ser Eustace levantó la mirada con rapidez.

—¿Qué tipo de lección?

—Con mi espada, por así decirlo. Un pequeño tajo en su mejilla, eso fue todo, mi señor.

El anciano caballero lo miró durante largo rato.

—Eso... eso fue irreflexivo, ser. La mujer tiene el corazón de una araña. Asesinó a tres de sus maridos. Y todos sus hermanos murieron en pañales. Cinco, nada menos. O seis, quizá, no lo recuerdo. Se interponían entre ella y el castillo. Le arrancaría la piel a latigazos a cualquier campesino que la disgustara, no lo dudo, pero a vos por cortarle a uno... No, ella no resistirá semejante insulto. Sin duda. Vendrá por vos y por Lim.

—Dake, mi señor —dijo ser Bennis—. Os ruego me disculpéis, vosotros lo conocíais y yo no, pero su nombre era Dake.

—Si os place, mi señor, yo podría ir a Sotodeoro y contarle a lord Rowan lo de ese dique —dijo Dunk. Rowan era el señor feudal del viejo caballero. La Viuda Escarlata también obtenía sus tierras de él.

—¿Rowan? No, no buscaremos ayuda ahí. La hermana de lord Rowan se casó con la prima de Wyman, Wendell, así que es pariente de la Viuda Escarlata. Además, no me aprecia. Ser Duncan, mañana recorreréis to-

dos mis poblados, y reclutaréis a todo hombre capaz en edad de luchar. Estoy viejo pero no muerto. ¡Esa mujer descubrirá pronto que el león jaquelado aún tiene garras!

*Dos, pensó Dunk, lóbrego. Y yo soy una de ellas.*

Las tierras de ser Eustace abastecían tres pequeños pueblos, ninguno de más de un puñado de casuchas. La más grande presumía de tener un septo de una sola estancia con techo de paja y burdas representaciones a carboncillo de los Siete sobre las paredes. Mudge, un porquero jorobado que estuvo un tiempo en Antigua, oficiaba allí cada séptimo día. Dos veces al año, un verdadero septón venía para perdonar los pecados en nombre de la Madre. Los habitantes estaban encantados con el perdón, pero del mismo modo odiaban las visitas del sacerdote, ya que tenían que darle de comer.

No parecieron más contentos de la visión de Dunk y Egg. Dunk era conocido en los pueblos por ser el nuevo caballero de ser Eustace, pero no le ofrecieron más que un cuenco de agua. La mayoría de los hombres estaba en los campos, así que eran casi todo mujeres y niños lo que salieron de las casuchas a su llegada, además de algunos abuelos demasiado enfermos para trabajar. Egg portaba el estandarte de Osgrey: en campo blanco, un león rampante jaquelado de oro y verde.

—Venimos de Tiesa con una citación de ser Eustace —les anunció Dunk a los aldeanos—. Se ordena a todo hombre capaz, de edad entre quince y cincuenta años, a acudir a la torre mañana.

—¿Hay guerra? —preguntó una mujer delgada, con dos niños escondidos detrás de su falda y un bebé mamando de su pecho—. ¿Ha vuelto el dragón negro?

—No se trata de dragones, ni negros ni rojos —le dijo Dunk—. Esto es entre el león jaquelado y las arañas. La Viuda Escarlata se ha llevado vuestra agua.

La mujer asintió, aunque pareció recelosa cuando Egg se quitó el sombrero para abanicarse la cara.

—Ese chico no tiene pelo. ¿Está enfermo?

—Me lo he afeitado —dijo Egg. Volvió a colocarse el sombrero, tiró de la brida de Maestra, y se alejó trotando lentamente.

*El chaval está hoy de un humor susceptible.* Apenas había dicho una palabra desde que salieron. Dunk le dio a Trueno un toque de espuelas y pronto alcanzó a la mula.

—¿Estás enfadado porque no me puse de tu parte contra ser Bennis esta mañana? —preguntó a su huraño escudero mientras se dirigían a la siguiente aldea—. El tipo no me gusta más que a ti, pero él es un caballero. Deberías hablarle con cortesía.

—Soy tu escudero, no el suyo —dijo el chico—. Es un guarro y un maleducado, y me da pellizcos.

*Si tuviera una pista de quién eres, se mearía encima antes que ponerte un dedo encima.*

—También solía meterse conmigo. —Dunk había olvidado aquello hasta que las palabras de Egg se lo trajeron a la memoria. Ser Bennis y ser Arlan estaban en el grupo de caballeros contratado por un mercader dorniense para que lo protegieran en su viaje desde Lannisport hasta el Paso del Príncipe. En aquel entonces Dunk no era mayor que Egg, aunque sí más alto. *Me pinchaba debajo del brazo tan fuerte que dejaba moratón. Sus dedos parecían pinzas de hierro, pero nunca se lo dije a ser Arlan.* Uno de los otros caballeros había desaparecido cerca de Septo Pétreo, y se rumoreaba que Bennis lo había destripado en una riña—. Si te vuelve a pellizcar, dímelo y acabaré con ello. Hasta entonces, no te cuesta tanto atender su caballo.

—Alguien tiene que hacerlo —concedió Egg—. Bennis nunca lo cepilla. Nunca limpia su pesebre. ¡Ni siquiera le ha puesto nombre!

—Algunos caballeros nunca le ponen nombre a sus caballos —le dijo Dunk—. De ese modo, cuando estos mueren en batalla, la pena no es tan grande. Siempre hay otros caballos, pero es duro perder a un amigo leal. —O así le decía el anciano, aunque jamás había seguido su propio consejo. Le había puesto nombre a cada caballo que había tenido. Al igual que Dunk—. Veremos cuántos hombres van a la torre... pero ya sean cinco o cincuenta, tendrás que hacerlo por ellos también.

Egg parecía indignado.

—¿Tengo que servir a los plebeyos?

—Servir no. Ayudar. Necesitamos convertirlos en soldados. —*En caso de que la Viuda Escarlata nos dé tiempo suficiente*—. Si los dioses se portan, algunos habrán recibido instrucción antes, pero la mayoría

estarán verdes como la hierba de verano, más acostumbrados a empuñar azadas que lanzas. Aun así, llegará el día en que nuestras vidas dependan de ellos. ¿Cuántos años tenías tú cuando empuñaste una espada por primera vez?

—Era pequeño, ser. La espada era de madera.

—Los chicos corrientes también pelean con espadas de madera, solo que las tuyas son palos y ramas rotas. Egg, esos hombres pueden parecerte inferiores. No sabrán el nombre apropiado de las partes de una armadura, ni los blasones de las diferentes casas, ni qué rey abolió el derecho de pernada... pero trátalos con respeto, como a iguales. Tú eres un escudero nacido con sangre noble, pero sigues siendo un niño. La mayoría serán hombres maduros. Un hombre tiene su orgullo, no importa lo bajo de su cuna. Tú parecerías igual de tonto y perdido en sus aldeas. Y si lo dudas, vete y cava una zanja y pastorea una oveja, y dime los nombres de todas las hierbas y flores del Bosque Cerradón.

El chico lo pensó por un momento.

—Puedo enseñarles los blasones de las grandes casas, y cómo la reina Alysanne convenció al rey Jaehaerys para abolir el derecho de pernada. Y ellos pueden enseñarme qué hierbas son las mejores para fabricar venenos, y si esas bayas verdes son comestibles.

—Pueden —concedió Dunk—, pero antes de que llegues al rey Jaehaerys, será mejor que nos ayudes a mostrarles cómo se usa una lanza. Y no comas nada que Maestra no comería.

Al día siguiente, una docena de guerreros en potencia llegaron a Tiesa y se reunieron donde los pollos. Uno era demasiado viejo, dos demasiado jóvenes, y otro un chico delgaducho que resultó ser delgaducha. Dunk los mandó de vuelta a sus aldeas, dejando ocho: tres Wat, dos Will, un Lim, un Pate y Gran Rob el Cenutrio. *Lo siento mucho*, no pudo evitar pensar. Los muchachos campesinos fornidos y apuestos que ganaban los corazones de las damas de alta cuna en las canciones no se veían por ninguna parte. Cada uno era más mugriento que el anterior. Lim tenía lo menos cincuenta años, y Pate tenía los ojos llorosos; eran los dos únicos que habían sido instruidos hace tiempo. Ambos habían ido con ser Eustace y sus hijos a luchar en la Rebelión de Fuegosucro. Los

otros seis estaban tan verdes como Dunk había temido. Los ocho tenían piojos. Dos de los Wat eran hermanos.

—Supongo que tu madre no se sabía otro nombre —dijo Bennis, cloqueando.

En cuanto a las armas, trajeron una guadaña, tres azadas, un viejo cuchillo y algunos garrotes gruesos de madera. Lim tenía un palo afilado que podía servir de lanza, y uno de los Will confesó ser habilidoso en el lanzamiento de piedras.

—Bien, bien —dijo Bennis—, tenemos con nosotros a un maldito catapulta. —Después de aquello, el hombre fue conocido como Cata.

—¿Sabe alguno de vosotros manejar un arco largo? —les preguntó Dunk.

Los hombres arrastraron los pies por el suelo, mientras las gallinas picoteaban a su alrededor. Pate, el de los ojos llorosos, contestó al fin:

—Le ruego me disculpe, ser, pero mi señor no nos permite el uso de arcos largos. Los venados de Osgrey son para los leones jaquelados, no para la gente como nosotros.

—¿Tendremos espadas, yelmos y cotas de malla? —quiso saber el menor de los tres Wat.

—Hombre, claro —dijo Bennis—, en cuanto mates a uno de los caballeros de la Viuda y saques su cuerpo sangriento. Asegúrate también de meter el brazo bien arriba por el culo de su caballo, ahí encontrarás su plata. —Pellizcó al joven Wat debajo del brazo hasta que el muchacho gritó de dolor, y luego marcharon todos ellos al Bosque Cerradón para cortar algunas lanzas.

Cuando regresaron, tenían ocho lanzas endurecidas al fuego de longitudes desiguales, y bastos escudos de ramas entretejidas. Ser Bennis también se había fabricado una lanza, y les enseñaba cómo clavar con la punta y usar el mango para desviar golpes... además de dónde poner la punta para matar.

—El estómago y la garganta son los mejores sitios. —Se golpeó el pecho con el puño—. Justo aquí está el corazón, que también servirá. El problema son las costillas de en medio. El estómago está bien, y es blando. Destripar es lento, pero seguro. Nunca conocí a un hombre que viviera con las tripas colgando. Y ahora, si algún idiota se da la vuelta y os da la espalda, poned vuestras puntas en medio de los omoplatos

o atravesad sus riñones. Justo aquí. No viven mucho una vez que los pinchas en el riñón.

Tener tres Wat en el grupo causaba confusión cuando Bennis trataba de decirles qué hacer.

—Deberíamos otorgarles nombres de lugares, ser —sugirió Egg—, como ser Arlan de Pennytree, vuestro viejo maestro. —Podría haber funcionado, si no fuera porque sus aldeas no tenían nombre—. Bueno —dijo Egg—, podemos llamarlos según sus cultivos, ser. —Una aldea se hallaba entre judiares, otra plantaba cebada principalmente, y la tercera cultivaba hileras de repollos, zanahorias, cebollas, nabos y melones. Nadie quería ser Repollo o Nabo, así que el último grupo se convirtió en los Melón. Acabaron como cuatro Cebada, dos Melón y dos Judía. Como los hermanos Wat eran ambos Cebada, fue necesaria otra distinción. Cuando el hermano menor hizo mención a la ocasión en que se cayó al pozo de la aldea, Bennis lo apodó Mojado Wat, y así se quedó. Los hombres estaban emocionados por habérseles otorgado «nombres de señor», a excepción de Gran Rob, quien parecía no poder recordar si era un Judía o un Cebada.

Una vez que todos tuvieron nombres y lanzas, ser Eustace salió de Tiesa para dirigirlos. El viejo caballero estaba de pie en la puerta de la torre, llevando su malla y su armadura debajo de un largo sobretodo de lana que el tiempo había vuelto más amarillo que blanco. En el pecho y la espalda llevaba el león jaquelado, cosido con pequeños cuadros verde y oro.

—Muchachos —dijo—, todos recordáis a Dake. La Viuda Escarlata lo metió en un saco y lo hundió en el foso. Le arrebató la vida, y ahora cree que también puede arrebatar nos el agua, el Jaquel que riega nuestros cultivos... ¡Pero no lo conseguiremos! —Levantó su espada por encima de la cabeza—. ¡Por Osgrey! —dijo con grandilocuencia—. ¡Por Tiesa!

—¡Osgrey! —repitió Dunk. Egg y los reclutas retomaron el vítor—. ¡Osgrey! ¡Osgrey! ¡Por Tiesa!

Dunk y Bennis entrenaron a la pequeña compañía entre los cerdos y los pollos, mientras ser Eustace observaba desde el balcón. Sam Encorvado había rellenado algunos sacos viejos con paja sucia. Estos se convirtieron en los enemigos. Los reclutas empezaron a trabajar sus habilidades con la lanza mientras Bennis les rugía.

—Pinchar, girar y desgarrar. ¡Pinchar, girar y desgarrar, pero sacad la puta lanza! Querréis tenerla preparada para el siguiente. Demasiado lento, Cata, demasiado lento. Si no puedes hacerlo más rápido, vuelve a lanzar piedras. Lim, no pongas todo el peso en la estocada. Hay un niño. Y dentro y fuera y dentro y fuera. Jódelos bien, ese es el camino, dentro y fuera, destrípalos, destrípalos, destrípalos.

Cuando los sacos estaban hechos pedazos por medio millar de estocadas y toda la paja se había desparramado por el suelo, Dunk se puso su malla y su coraza y cogió una espada de madera, para ver cómo se las arreglaban los hombres con un enemigo vivo.

No demasiado bien, fue la respuesta. Solo Cata era lo bastante rápido para conseguir que su lanza pasara el escudo de Dunk, y lo hizo una sola vez. Dunk desviaba un torpe y desorganizado ataque tras otro, los desarmaba de sus lanzas y atacaba en corto. Si su espada hubiera sido de acero en lugar de pino, los habría matado a todos media docena de veces.

—Estáis muertos una vez que consigo pasar vuestra punta —los avisó, golpeándoles en las piernas y los brazos para volver a empezar la lección.

Cata, Lim y Mojado Wat aprendieron pronto a mantener la distancia, al menos. Gran Rob tiró su lanza y corrió, y Bennis tuvo que perseguirlo y traerlo arrastrando entre lágrimas. Al final de la tarde todos ellos estaban magullados y apaleados, con ampollas que crecían en sus callosas manos por donde cogían las lanzas. Dunk no mostraba marcas, pero estaba medio ahogado en sudor para cuando Egg lo ayudó a despojarse de su armadura.

Mientras el sol se ponía, Dunk hizo desfilar a su pequeña compañía hacia la bodega y los obligó a darse un baño, incluso a aquellos que ya se habían obsequiado con uno el pasado invierno. Después, la esposa de Sam Encorvado repartió cuencos con carne, guarnición de zanahorias, cebollas y cebada. Los hombres estaban derrengados, pero al oírles hablar parecía que pronto serían todos dos veces tan mortales como un caballero de la Guardia Real. Apenas podían esperar a probar su valor. Ser Bennis los incitaba contándoles los placeres de la vida de soldado: botín y mujeres, principalmente. Los dos de más edad le daban la razón. Lim había traído un cuchillo y un par de excelentes botas de la Rebelión de Fuegosuro; las botas eran demasiado pequeñas para poder ponérselas,

pero las tenía colgando de la puerta. Y Pate no paraba de hablar de los compañeros de campamento que había conocido siguiendo al dragón.

Sam Encorvado les había preparado ocho jergones de paja en el corral subterráneo, así que una vez que hubieron llenado sus barrigas se fueron a dormir. Bennis se rezagó lo bastante para dedicarle a Dunk una mirada de disgusto.

—Ser Inútil debería haberse follado a unas cuantas campesinas mientras le quedaba una gota de savia en sus viejas bolas arrugadas —dijo—. Si hubiera sembrado un buen montón de bastardos, ahora tendríamos soldados.

—No parecen peores que cualquier otro recluta campesino. —Dunk había marchado con unos cuantos cuando servía a ser Arlan.

—Claro —dijo ser Bennis—. En quince días podrían arreglárselas contra otro grupo de campesinos. Pero ¿caballeros? —Sacudió la cabeza y escupió.

El pozo de Tiesa se encontraba en la bodega, en una estancia húmeda y fría con paredes de piedra y tierra. Allí era donde la esposa de Sam Encorvado ponía en remojo, restregaba y sacudía las ropas antes de llevarlas al tejado para su secado. La gran tina de lavar también se usaba para los baños. Bañarse requería extraer agua del pozo, caldero a caldero, calentarla sobre la chimenea en una gran cazuela de hierro, verter la cazuela en la tina, y volver a empezar todo el proceso. Llenar la cazuela requería cuatro cubos, y tres cazuelas para llenar la bañera. Para cuando la última olla estaba caliente, el agua de la primera ya estaba tibia. Se había oído decir a ser Bennis que todo el asunto era cansino de narices, motivo por el cual tenía piojos y pulgas y apestaba como un queso podrido.

Dunk al menos tenía a Egg para ayudarlo cuando sentía la imperiosa necesidad de un buen lavado, como aquella noche. El muchacho sacó el agua con un silencio sombrío, y apenas habló mientras se hervía.

—¿Egg? —le preguntó Dunk cuando la última olla empezaba a entrar en ebullición—. ¿Sucede algo? —Como el muchacho no contestó, dijo—: Ayúdame con la olla.

Juntos la llevaron de la chimenea hasta la bañera, con cuidado de no mojarse.

—Ser —dijo el chico—, ¿qué creéis que piensa hacer ser Eustace?